

EL MARCO HISTÓRICO DEL ANTIGUO TESTAMENTO. PERSPECTIVAS ACTUALES

FRANCISCO VARO

SUMARIO: I. LAS «HISTORIAS DE ISRAEL». II. LAS HISTORIAS «INDEPENDIENTES» DE PALESTINA. III. APROXIMACIÓN A LA HISTORIA DE PALESTINA. 1. *Desde el Bronce Reciente hasta el Hierro II.* a) *Región central.* b) *Región meridional.* 2. *La época persa.* 3. *La época helenística.* 4. *¿Qué se entiende por «Israel»?.* IV. UN RETO PARA LA TEOLOGÍA.

El lector del Antiguo Testamento se encuentra desde las primeras páginas del mismo con unos relatos que comienzan por la creación del mundo y de los hombres, y continúan con la narración de algunos acontecimientos engarzados en una línea más o menos continua, hasta los albores de la romanización de Palestina. Sin embargo, es bien conocido que la técnica del relato es un procedimiento que excede los límites del género histórico, y se emplea muy frecuentemente en otros géneros literarios. Como para acceder a la verdad que trasmite un texto es importante conocer su género literario, no se puede afirmar sin más que todo lo que es narrado en el Antiguo Testamento sea histórico.

Por eso, para realizar una lectura teológica de la Escritura, esto es, una lectura que parte de la fe, pero que busca entender para creer con más firmeza, no se puede eludir una crítica literaria e histórica rigurosa que investigue con honradez la verdad contenida en esos relatos acerca de lo realmente acaecido y acerca de la enseñanza que se desprende de los propios textos literarios.

La investigación sobre la historia del antiguo Oriente Medio ha tenido un notable desarrollo durante todo el siglo XX, y de modo particular en los diez últimos años. Por eso es de interés para el teólogo conocer los nuevos avances que se han realizado, y tener noticia de en qué situación se encuentran actualmente esos estudios, al menos en lo que puede hacer referencia directa al marco en el que se desarrolla el Antiguo Testamento.

I. Las «Historias de Israel»

En la segunda mitad del siglo XIX el nacimiento y posterior desarrollo de la arqueología abrió unas perspectivas hasta entonces insospechadas para el conocimiento de la historia antigua de la humanidad. Como es lógico, la aplicación de las nuevas técnicas de crítica histórica a los relatos bíblicos suscitó pronto el interés de los investigadores. Las excavaciones en Palestina se fueron multiplicando, y fueron apareciendo restos de casas, murallas de ciudades, sistemas para el abastecimiento de aguas, etc. Sin embargo, en primera instancia los restos de una excavación son unos testigos mudos de la historia. Por ejemplo, ante las ruinas de una casa o de una tumba que no tiene nada de particular cabe preguntarse: ¿cuándo fue construida? ¿a quién perteneció? ¿quién está enterrado allí? ¿en qué época vivió? ¿qué sucedió en ese lugar? Los avances técnicos permiten ir conociendo con mayor precisión la datación de los distintos estratos, el modo de vida de los habitantes del lugar en cada época, y muchos otros detalles particulares, pero en general proporcionan poca información acerca de los acontecimientos políticos o sociales del momento, o acerca de las ideas religiosas o morales de la gente.

El interés mutuo entre Biblia y arqueología surgió pronto. En la Biblia había multitud de relatos enmarcados en la geografía de Palestina y las tierras del Próximo Oriente, en épocas pretéritas. Tal vez se podían encontrar en ella algunas noticias que dieran razón de los hallazgos arqueológicos, y los propios hallazgos podrían ayudar a comprender mejor algunos puntos oscuros de las narraciones contenidas en la Biblia. Comenzaron a componerse así algunas obras en las que se confrontaban datos bíblicos y hallazgos arqueológicos. No

obstante, a finales del siglo XIX ya se sabía que esos datos bíblicos que se debían confrontar con otros vestigios del pasado debían de proceder de un análisis crítico-literario de la Biblia para que los resultados pudieran ser científicamente fiables.

Se podría decir que, desde el primer momento, la interpretación de los hallazgos arqueológicos de Palestina fue realizada a la luz de la tradición bíblica, e incluso el enorme interés que se fue manifestando hacia los objetos y textos escritos que se iban encontrando en las regiones vecinas se debía en gran parte a que formaban parte del «mundo de la Biblia».

A finales del siglo pasado, la primera obra fundamental realizada con esos nuevos criterios fue la *Historia de Israel* de Rudolf Kittel, publicada en 1888, en la que se intentaban armonizar los resultados entonces aceptados del análisis literario de los textos bíblicos, los documentos extra-bíblicos y la investigación arqueológica realizada hasta ese momento. Una obra similar, aunque prescindiendo sistemáticamente del análisis crítico-literario de los textos bíblicos, fue la *Historia de Israel* escrita por Giuseppe Riccioti en los años treinta.

No obstante, los autores que tendrían una mayor influencia en los años siguientes serían W. F. Albright, en Estados Unidos, y A. Alt en Alemania. Aunque con distintos matices, ambos parten del convencimiento de que las tradiciones bíblicas se apoyan en ciertos hechos históricos, que podrían ser descubiertos en las más antiguas formas de esas tradiciones. De ahí que fuera posible una reconstrucción de la historia a partir de una síntesis de esos elementos primitivos de las tradiciones con los resultados de los estudios arqueológicos y literarios de los textos del antiguo Oriente Medio. En ambos casos, un problema decisivo que hubieron de afrontar —ya que de alguna forma se proyectaba en la interpretación que se pudiera hacer de la historia— fue el de los orígenes de Israel y la explicación de su presencia en la tierra de Palestina.

Los escritos de William F. Albright tienen un carácter arqueológico y a la vez historico-religioso, y están muy bien documentados en las excavaciones realizadas por el propio Albright en Palestina. Aunque sus publicaciones se iniciaron en 1918, sus principales obras

de síntesis se publicaron a partir de 1940[1]. Albright fue, en sus análisis literarios de los textos bíblicos, abiertamente hostil a Wellhausen y sus sucesores. Le parecía más convincente hablar de las tradiciones orales previas a la puesta por escrito de los textos que de los documentos propuestos por la hipótesis de Wellhausen. La narrativa bíblica tendría en su base una historiografía oral que habría comenzado a desarrollarse al mismo tiempo que los acontecimientos narrados, y que permitiría encontrar, incluso en sus formas más elaboradas, indicios muy valiosos para dar razón de los hallazgos arqueológicos. Se podría decir que los trabajos de Albright sirvieron para que se desarrollaran tres hipótesis importantes acerca de la historia de Israel:

a) Es posible hablar de un periodo en el que se desarrolla la historia de los patriarcas, dentro del contexto general de la historia del antiguo Oriente Medio.

b) El monoteísmo israelita tiene su origen en la tradición mosaica, y no es el término de una evolución en la religión de Israel.

c) La tradición bíblica que presenta un Israel unido conquistando Canaán puede ser confirmada por el conocimiento que se tiene de la destrucción de las ciudades cananeas del periodo del Bronce Reciente por parte de unas tribus seminómadas, que procedieron a su ocupación.

Otra línea que habría de ser ampliamente desarrollada sería la abierta por Albrech Alt hacia el año 1925 acerca del ambiente geográfico y social del primitivo Israel[2]. Alt dedicó sus mejores energías a investigar el origen histórico de Israel y las características peculiares de los periodos de los jueces y del nacimiento de la monarquía. Su metodología consistió en integrar los ya habituales datos bíblicos —en este caso, deducidos del análisis crítico de los textos según los modelos de Wellhausen—, extrabíblicos y arqueológi-

---

1. W. F. ALBRIGHT, *From the Stone Age to Christianity* (Garden City, 1940); *Archaeology and the Religion of Israel* (Baltimore, 1953); *The Biblical Period from Abraham to Ezra* (New York, 1963); *Yahweh and the Gods of Canaan* (London, 1968).
2. A. ALT, *Die Landnahme der Israeliten in Palästina* (Leipzig, 1925). Posteriormente publicó *Die Staatenbildung der Israeliten in Palästina* (Leipzig, 1930).

cos con su reconstrucción de las realidades sociales y antropológicas de aquel territorio. Entre los modelos cuya existencia postulaba como decisiva para el desarrollo histórico de los acontecimientos en la antigua Palestina estaban el de la confederación de tribus, así como la existencia de ciudades-estado y de nómadas trashumantes. Alt distinguía en las tradiciones de Israel entre elementos genuinamente «israelitas», que consistirían en algunas prácticas religiosas como el culto al «Dios de los Padres» y en algunas leyes como los diez mandamientos, y otros originariamente «cananeos». Estos «israelitas» serías unos pueblos nómadas con algunas características culturales y religiosas propias que se habrían ido infiltrando pacíficamente en Canaán, y que se fueron sedentarizando allí poco a poco imponiendo su dominio fáctico sobre el territorio alejado de las zonas ricas y densamente pobladas, que estaban controladas por las poderosas «ciudades-estado» cananeas. En toda la época del nacimiento de Israel habría un conflicto entre elementos israelitas y no israelitas, que se prolongaría incluso en la época de la monarquía.

Sus estudios dieron nuevos impulsos a una línea de investigación que su discípulo Martin Noth llevaría a sus últimas consecuencias. Este, a su vez, aportaría dos nuevos elementos de reflexión: la comparación de la confederación de las tribus de Canaán con la «anfictionía» de Delfos, y la consideración de las tradiciones orales subyacentes a los libros históricos del Antiguo Testamento, que serían posteriormente reelaboradas teológicamente para constituir la «Historia Deuteronomista», que a su vez sería más adelante completada con el Tetrateuco[3]. Con todos estos postulados escribiría en 1950 su *Historia de Israel*[4] en la que sintetizaba su nueva concepción de la historia antigua hasta los orígenes de la monarquía, de la que ya había tratando en sus publicaciones anteriores. Los orígenes de Israel habría que buscarlos en la «anfictionía» de las tribus israelitas en Canaán, una confederación con vínculos religiosos que daría cierta unidad a unas tribus de orígenes e historia diferentes aunque con algu-

3. Acerca de la influencia de la obra de Martin Noth en la historia de la exégesis, puede verse la obra colectiva dirigida por S. L. MCKENZIE y M. P. GRAHAM, *The History of Israel's Traditions. The Heritage of Martin Noth* (Shefield, 1994).
4. M. NOTH, *Geschichte Israels* (Göttingen, 1950).

nos elementos culturales comunes. Los relatos patriarcales y los que hacen referencia a la estancia de Israel en Egipto serían elaboraciones tradicionales, posteriores al establecimiento de la «anfictionía» para reforzar la unidad religiosa de las tribus.

En 1957 John Bright en su *Historia de Israel*[5] trataba de aprovechar los métodos y algunos resultados de los trabajos de Noth matizándolos con la concepción arqueológica, histórico-religiosa, y con la particular atención al desarrollo de la teología en la historia que se podía encontrar en la obra de Albright. Al mismo tiempo G. E. Wright publicaba su *Arqueología bíblica*[6], en una línea análoga. Con estas obras muchos estudiosos pensaban que se podía afirmar con relativa tranquilidad que la arqueología bíblica proporcionaba los suficientes elementos como para poder establecer el periodo en el que se inician las tradiciones patriarcales al inicio del segundo milenio a. C., para afirmar la sustancial autenticidad de las tradiciones de José y de Moisés a la luz del conocimiento adquirido acerca del antiguo Egipto por fuentes extrabíblicas, y para poder considerar creíble a grandes rasgos una conquista unificada de las grandes ciudades de Palestina, que daría razón de la presencia de Israel en ese territorio en los siglos posteriores. Estas interpretaciones de la historia serían objeto de críticas muy fuertes por parte del propio Martin Noth.

Más cercano a la otra línea, a la hipótesis del asentamiento en Palestina mantenida por Alt y sus discípulos, G. E. Mendenhall[7] afirmaba en 1962, basándose sobre todo en las cartas del periodo Amarna, que en el Bronce Reciente las ciudades-estado cananeas tenían una estructura política opresiva y brutal, y dominaban todo Palestina y Siria. Los hebreos se podrían identificar con los *habiru* de esas cartas, en las que se encontrarían datos acerca de su actividad revolucionaria. Se trataría de un grupo caracterizado por su oposición a la opresiva estructura de gobierno imperante. Así pues, el origen de los hebreos no habría que buscarlo en la llegada y asenta-

5. J. BRIGHT, *A History of Israel* (Philadelphia, 1957).
6. G. E. WRIGHT, *Biblical Archaeology* (Philadelphia, 1957).
7. G. E. MENDENHALL, «The Hebrew Conquest of Palestine» BA 25 (1962) 66-87.

miento en Palestina de unas tribus nómadas, sino en una revolución interna de los habitantes de Palestina en contra de la opresión de las corruptas ciudades-estado. Al final de ese periodo la revolución se haría más serena, en términos religiosos y pacifistas, y terminaría por acabar triunfando: las ciudades cananeas se harían hebreas al decidirse a abrazar la libertad del yahwismo rechazando el opresivo baalismo cananeo del poder político. Esta línea sería continuada a partir de 1975 por N. K. Gottwald[8], que afirma que esa tesis puede ser tomada como una forma idealista de una revolución socialista proletaria.

A partir de 1968 el profesor israelí Binyamim Mazar[9] se propuso buscar hipótesis alternativas a las de la conquista, el asentamiento o la revolución para explicar los inicios de la presencia de Israel en Palestina. En su opinión, de acuerdo con los hallazgos arqueológicos, el paso del Bronce Reciente a la Edad del Hierro ha de ser descrito como una transición. Transición que ha de verse en un panorama amplio, el del conjunto de cambios en la región siropalestina en el paso del segundo al primer milenio a. C. y que trajo consigo el nacimiento de tres pueblos semitas que desarrollarían su propio estado y su propia cultura: los israelitas, los arameos y los fenicios. Para Mazar el origen de Israel habría que buscarlo en los numerosos asentamientos no urbanos en los altos centrales de Palestina durante el Hierro I, a cuyos pobladores se llama *shasu* en la documentación epigráfica egipcia de la época. Esto presupone que el origen de Israel no se pueda encontrar en una «época de los Jueces», en el cambio del Bronce Reciente al Hierro I, sino en el propio Hierro I, al comienzo de la monarquía israelita. Por su parte, el trasfondo histórico de las historias patriarcales habría que buscarlo en la época inmediatamente anterior y no a comienzos del segundo milenio.

Poco tiempo después, como fruto de una intensa actividad arqueológica personal en lugares de interés bíblico, y contando con

8. N. K. GOTTWALD, «Domain Assumptions and Societal Models in the Study of Pre-Monarchic Israel» VTS 28 (1975) 89-100.
9. B. MAZAR, «The Middle Bronze Age in Canaan» IEJ 18 (1968) 65-97. Véase también *Canaan and Israel* (Jerusalem, 1974).

los resultados de una exhaustiva investigación de las instituciones culturales y religiosas del antiguo Israel, se comenzó a publicar en 1971 la *Historia antigua de Israel*[10] de Roland de Vaux, tal vez el esfuerzo más ambicioso de un autor católico por hacer un estudio riguroso de la historia bíblica. Sin embargo, debido a la muerte del autor, sólo se publicaría un volumen más en 1973, con lo que la obra queda interrumpida al tratar de la época de los Jueces. De Vaux admite que no es posible fijar con certeza las fechas de un «periodo patriarcal», aunque esto no suponga cuestionar la existencia del mismo. También afirma que las narraciones de José y de Moisés reflejan situaciones históricas que se pueden iluminar con fuentes extrabíblicas y situar en épocas determinadas de la historia de Egipto. En cuanto al establecimiento en Canaán, rechaza la hipótesis de Noth acerca de la «anfictionía» de las tribus aunque se da cuenta de los problemas que plantea la aceptación de Israel como un todo unitario en época premonárquica. De acuerdo con Mazar mira a la monarquía como el primer periodo en que está unido todo Israel, e incluye la «época de los Jueces» en la pre-historia de Israel. De este modo, no se ve inconveniente en que los diversos grupos que luego formarían Israel tengan un origen distinto, y que el periodo en el que se van produciendo las conquistas y asentamientos se extienda a lo largo de todo el segundo milenio a. C.

En el mismo año de 1973 en el que se publicaba la segunda parte de la obra de De Vaux, también aparecía la *Historia de Israel, en la época del Antiguo Testamento* de Siegfried Herrmann[11], discípulo de A. Alt y con notables influencias de M. Noth, en la que se intentaba realizar una síntesis de todos los intentos realizados hasta ese momento por escribir la historia del pueblo de Israel a partir de una confrontación crítica entre los relatos bíblicos, los documentos antiguos extrabíblicos y los datos arqueológicos.

Todavía en esta línea, aunque algunos años posterior es la historia publicada por Cazelles en 1982[12]. De alguna manera esta obra

10. R. DE VAUX, *L'Histoire ancienne d'Israel I* (Paris, 1971).
11. S. HERRMANN, *Geschichte Israels in alttestamentlicher Zeit* (München, 1973).
12. H. CAZELLES, *Histoire politique d'Israël des origines à Alexandre le Grand* (Paris, 1982).

complementa la historia inacabada de R. de Vaux, aunque las investigaciones desarrolladas en los casi diez años transcurridos desde entonces le llevaron a realizar algunos cambios de perspectiva. Cazelles no comienza por los Patriarcas, Moisés y el Exodo hasta la instalación en la tierra de Canaán, sino que el punto de partida lo constituyen unas reflexiones sobre las tribus en Canaán, con alguna referencia incidental a los Patriarcas en ese contexto, y la historia propiamente dicha comienza con la Monarquía. Además, Judá es ante todo un topónimo, que sólo a partir de David designará un grupo humano.

El debate acerca de la aparición de Israel en Canaán continuaba abierto, y cada vez la resolución del problema se hacía más acuciante para el desarrollo de las historias de Israel. En ese contexto, se publicó en 1983 la obra de Baruch Halpern acerca de la emergencia de Israel en Canaán[13]. Después de analizar una amplia documentación y valorar las hipótesis anteriores, concluye que Israel se forma desde el interior de Canaán, por su propio dinamismo. No hay una conquista, ocupación ni instalación.

El año siguiente, 1984, salió a la luz estudio filológico y sociológico sobre un tema que afecta notablemente a la reconstrucción histórica de esa época. Se trata de la monografía de Oswald Loretz sobre los *habiru* de los que se habla en documentos de Tel el Amarna, Nuzi o Mari[14]. La conclusión de su trabajo es que no se pueden identificar los *'prw/habiru* de esos textos con los *'ibri* de la Biblia, ya que todas las citaciones bíblicas de los *'ibri* son tardías, casi un milenio posteriores a las extrabíblicas, y por lo tanto están demasiado alejadas como para poder establecer un nexo de unión entre ambas.

También en 1984 se publicó simultáneamente el original italiano y la traducción inglesa de la *Historia de Israel* de J. Alberto Soggin[15]. En ella, la atención a la crítica literaria de la Biblia cobra un

13. B. HALPERN, *The Emergence of Israel in Canaan* (Chico CA, 1983).
14. O. LORETZ, *Habiru-Hebraër. Eine sozio-linguistische Studie über die Herkunft des Gentiliziums 'ibri von Apellativum habiru* (Berlin, 1984).
15. J. A. SOGGIN, *Storia d'Israele. Dalle origini a Bar Kochba* (Brescia, 1984).

protagonismo notorio. Puesto que las narraciones contenidas en los libros bíblicos son muy tardías con respecto a los hechos narrados es muy poco lo que pueden aportar para una verdadera historia de Israel. En cuanto al punto de partida, se podría situar en la línea de Alt, aunque llega mucho más lejos en sus afirmaciones. Sólo se puede componer una verdadera historia —y apoyándose en textos muy posteriores— a partir de la monarquía, con las figuras de David y Salomón. Una vez que ha narrado los comienzos, dentro de la época monárquica, Soggin se extiende en explicar cómo se va formando la «proto-historia» (los patriarcas, el éxodo, la conquista, los jueces). Y sólo después de este paréntesis retoma el hilo de la historia. En el tratamiento de la «historia patriarcal» el cambio de perspectiva ha sido muy notable con respecto a lo que se decía en las décadas anteriores: ratifica que no es posible datar históricamente los relatos patriarcales, y apunta que el itinerario de Abrahán refleja más bien la ruta de regreso del exilio que una verdadera emigración del patriarca.

En una línea análoga se puede situar la obra de J. M. Miller y J. H. Hayes[16] (1986). Coinciden con Soggin en la necesidad de comenzar la historia de Israel con la monarquía unida, gobernada por David y Salomón, de donde arrancan las tradiciones bíblicas, y considerar como pre-historia no sólo la época patriarcal sino también el tiempo de los jueces. Aunque Soggin considera legendario lo narrado en el libro de los Jueces, mientras que Miller y Hayes consideran que refleja una «tradición auténtica» sobre los orígenes de Israel. Sin embargo, en ambos casos coinciden en que es muy poco lo que las tradiciones bíblicas pueden decir sobre los orígenes históricos de Israel.

II. LAS HISTORIAS «INDEPENDIENTES» DE PALESTINA

El enorme acopio de datos que han proporcionado las excavaciones arqueológicas de los últimos años más que ayudar a clarificar

16. J. M. MILLER-J. H. HAYES, *A History of Ancient Israel and Judah* (Philadelphia, 1986).

las hipótesis sobre la historia de Israel, ha venido ha complicar la situación. Uno de los grandes problemas suscitados ha sido el de la dificultad para diferenciar materiales «israelitas» de «cananeos» en los restos del Bronce Reciente y el comienzo del Hierro. Son muchos los hallazgos realizados, y dificilmente se pueden ver indicios de que existan unos «israelitas» distintos de los anteriores habitantes de Palestina. De otra parte, las excavaciones van sacando a la luz una gran cantidad de poblaciones en los altos de Samaría correspondientes al Hierro I, que parecen apuntar en la dirección sugerida por B. Mazar de que ahí habría que buscar el origen de Israel. A todo esto se añade que la diferencia que se aprecia entre los restos de las excavaciones de la región centro y norte con los encontrados en la zona del sur de Palestina, induce a pensar que no se puede afirmar la existencia de una monarquía unida en esa época.

Los intentos por interpretar los restos arqueológicos utilizando los textos bíblicos se han ido encontrando, pues, con numerosos problemas, no sólo en la «época patriarcal» y en la «época de los Jueces», sino también en el mismo origen de la monarquía. Además, la dirección en la que apuntan los estudios recientes de crítica literaria acerca de la composición de bastantes libros sagrados —situando su composición definitiva en la época persa— hace que esto no sea de extrañar. Si esos libros se han escrito mucho después de los sucesos narrados, no tiene nada de extraño que se hayan proyectado en su redacción algunos nombres —como el propio Israel— o instituciones —un poder político centrado en Jerusalén y que se extiende a gran parte de Palestina, un Templo, un sacerdocio unificado, etc.— en épocas pretéritas.

Por eso, desde un punto de vista metodológico, para delimitar con la mayor objetividad posible los hechos históricos, se ha hecho notar la conveniencia de prescindir de los relatos bíblicos en la interpretación los hallazgos arqueológicos y utilizar solamente los restos epigráficos contemporáneos a los demás restos hallados en las excavaciones. De este modo, hacer una «Historia de Israel» parece algo que con los datos actuales resulta muy difícil. Antes será necesario investigar la historia general de Palestina que proporcione el marco objetivo adecuado para hacer realmente una historia de Israel. Y, ló-

gicamente, esa historia de Palestina ha de ser «independiente» de los datos bíblicos.

El inicio de esta crítica sistemática de la metodología utilizada durante la mayor parte del siglo XX para la reconstrucción de la Historia de Israel ya se podía entrever en el libro de Th. L. Thompson sobre *La historicidad de los relatos patriarcales*[17] publicado en 1974. Sin embargo, tal vez fuera el danés Niels Peter Lemche el primero en introducir sistemáticamente esa «nueva metodología» que busca el establecimiento de una historiografía independiente en su libro de 1985 acerca del antiguo Israel[18]. No pretendía en principio dar una respuesta al problema del origen de Israel, sino ofrecer unos elementos históricos basados en el análisis de los hallazgos arqueológicos que ayudaran a dibujar el marco de la vida real en la antigua Palestina. En el boceto impresionista que dibuja de esa sociedad no se observa distinción entre lo «cananeo» y lo «israelita»[19], de donde se seguiría que la naturaleza de Israel en su origen no viene fijada por unos rasgos étnicos, sino religiosos. De modo que no se deben mezclar las historias bíblicas y la religión de Israel con la historia de Palestina.

Quien sí pretendía dar una respuesta al origen de Israel fue Gösta W. Ahlström en su breve monografía de 1986[20]. Considera que en la estela de Merenptah el término «Israel» designa la región montañosa de Samaría, alrededor de Siquem. Es, por lo tanto, un término geográfico. La mayor parte de los «israelitas» serían cananeos en su origen. Además de ellos, habría otros pueblos semitas no israelitas, como Dan, Aser, Gad, Neftalí y los Gabaonitas, que fue-

17. Th. L. THOMPSON, *The Historicity of the Patriarchal Narratives* (Berlin, 1974).

18. N. P. LEMCHE, *Early Israel: Anthropological and Historical Studies on the Israelite Society Before the Monarchy* (Leiden, 1985). Unos años después publicó también un libro de divulgación, en danés, cuya traducción inglesa lleva por título *Ancient Israel: A New History of Israelite Society* (Sheffield, 1988).

19. También apunta al origen indígena de Israel en Canaán el estudio particular de D. C. HOPKINS, *The Highlands of Canaan* (Sheffield, 1985).

20. G. W. AHLSTRÖM, *Who Were the Israelites?* (Winona Lake, 1986). Una visión más completa de la historia, obra de este autor, ha sido publicada más recientemente: *The History of Ancient Palestine from the Paleolithic to Alexander's Conquest* (Sheffiel, 1993).

ron estableciéndose en Palestina y llegarían a integrarse en la unidad llamada Israel, independientemente de su religión específica. El fondo de su religiosidad siguió siendo cananea, con Él como dios principal. El yahwismo llegaría en una época posterior procedente del sur (Edom).

En ese momento de la investigación no sólo se planteaba el problema de cómo «reconstruir» críticamente la historia trasmitida por la tradición bíblica, sino también el de explicar cómo ha surgido en la historia el Israel que nos ha legado esa tradición. Este problema, que ya se planteó N. P. Lemche en su primer libro, también sería asumido por Robert B. Coote y Keith W. Whitelam[21] (1987) en su obra, aplicando una metodología consistente en el estudio sociológico de las poblaciones de los altos de Palestina, a partir de los indicios que ofrece la arqueología. Estos autores insisten en que la emergencia de Israel aparece como un desarrollo interno del mundo agrícola, sin necesidad de pensar en la llegada de nuevas gentes ni en una revolución. La agricultura en expansión requiere un desarrollo comercial y una estabilidad política, que fue suministrada por la monarquía. Precisamente la aparición de la monarquía israelita es casi un accidente en la época del Hierro I, cuando se produjo un debilitamiento de las potencias que habían dominado Palestina durante siglos. La monarquía brotó naturalmente para llenar el relativo vacío de poder que hubo en la zona. Por lo que se refiere a otros temas, Coote y Whitelam no dudan en afirmar que el origen de la tradición de Abrahán hay que buscarlo en Mesopotamia, y el del Israel bíblico en el exilio.

En el común esfuerzo por reconstruir la historia, la arqueología ha ido ocupando paulatinamente una posición de mayor protagonismo, de ahí la gran importancia de la obra de Israel Finkelstein[22] (1988) sobre la arqueología del asentamiento israelita en

---

21. R. B. COOTE-K. W. WHITELAM, *The Emergence of Early Israel in Historical Perspective* (Sheffield, 1987). Ulteriores precisiones sobre el tema, sobre todo a partir de la discusión sobre el significado del término «Israel» en la estela de Merenptah, fueron hechas por K. W. WHITELAM, «The Identity of Early Israel: The Realignment and Transformation of Late Bronze- Iron Age Palestine», JSOT 63 (1994) 57-87.

22. I. FINKELSTEIN, *The Archaeology of the Israelite Settlement* (Jerusalem, 1988).

Palestina, con una enorme riqueza de datos nuevos, que ya han ido proporcionando nuevas luces, aunque habrán de ser analizados y completados más a fondo en los próximos años. Tras la exploración de 552 lugares en el territorio de Efraín, el autor constata que en el Bronce reciente había muy pocos poblados. En el Hierro I los asentamientos se multiplicaron notablemente, aunque el sur y el oeste de la región efraimita continuaron bastante despoblados. En el Hierro II también crecieron considerablemente los poblamientos en todas partes, con excepción del sur. No se observa discontinuidad entre el Hierro I y el Hierro II. De otra parte, en el estado actual de las excavaciones se puede apreciar que las destrucciones observadas en las grandes ciudades cananeas están escalonadas a lo largo de más de un siglo, lo que hace pensar que no hubo una campaña de conquista. Con todos estos datos, la emergencia de Israel habría que situarla en la re-sedentarización de los pastores nómadas en el Hierro I, después de una etapa nómada durante el Bronce reciente. Esta población que se sedentariza tendría raíces indígenas en la zona. El poblado israelita más antiguo entre los actualmente conocidos sería Isbet Sartah, nivel III (final del Siglo XIII o principios del XII a. C), y se ajusta a la disposición típica de los primeros asentamientos de nómadas, como un conjunto de casas, adheridas unas a otras, formando una elipse que deja un patio en su interior y presenta un muro continuo hacia el exterior. El primer gran santuario israelita sería el de Silo, en el que la instalación israelita habría comenzado a principios del siglo XII a. C. sobre otro santuario abandonado a final del Bronce. Según Finkelstein hubo una expansión gradual de los israelitas desde Efraín y Manasés hacia Benjamín y Judá en los siglos XI y X a. C respectivamente[23].

---

23. Se ha criticado a Finkelstein el uso del calificativo «israelita» para estas poblaciones y santuarios ya que los mismos datos que él aporta acerca de la cerámica y otros elementos culturales no dan pie a afirmar que exista una discontinuidad entre esa cultura y la «cananea». También está siendo muy discutida esta posible expansión de Israel hacia Judá. Ciertamente coincidiría con los indicios apuntados en el capítulo primero del libro de los Jueces de que Judá fue colonizada desde el norte. Sin embargo, algunos discuten que los pocos asentamientos que van apareciendo en Judá en esos siglos estén relacionados con una expansión de la población israelita del norte (cfr. la recensión de J. R. BARTLETT al libro de Finkelstein publicada en *Biblica* 70 (1989) 290-295). Poco después de la obra de Finkelstein se publicó el libro de A. MAZAR, *Archaeology of the Land of the Bible, 10.000-586 b. c. e.* (New York, 1990) con gran cantidad de datos, pero con menos elaboración histórica.

Un apoyo importante para la interpretación de los restos arqueológicos lo constituye la epigrafía. En 1990 Knauf publicó un estudio de notable interés acerca del «hebreo bíblico»[24]. Comparándolo con el hebreo de las inscripciones epigráficas halladas en Palestina, concluye que se trata de una lengua literaria cuyos orígenes se pueden situar hacia la mitad del primer milenio a. C. Tras analizar las variantes dialectales de las inscripciones antiguas, sugiere que además de las distinciones ordinarias entre dialectos de una familia «cananea occidental» (fenicio, israelita y judío) y otra «cananea oriental» (amorreo, moabita y edomita), se puede distinguir entre un grupo «cananeo central» (fenicio y dialectos israelitas) y otro «cananeo periférico» (judío, amorreo, moabita y edomita). La lengua literaria del hebreo bíblico no se puede encuadrar estrictamente en ninguna de esas familias.

Un nuevo eslabón en el desarrollo del debate acerca de los orígenes de Israel lo constituyó el nuevo estudio de Lemche, dedicado a los «cananeos»[25]. Comienza por afirmar que las referencias a Canaán en la documentación egipcia del segundo milenio a. C. son imprecisas, y que parecen designar preferentemente la franja costera del Mediterráneo. En cambio, en la época helenística la tierra de Canaán puede identificarse con las áreas centrales de Fenicia, en el Líbano, que tal vez podría incluir al sur las llanuras costeras de Acre, e incluso hasta el valle de Yezrael. Por lo que se refiere a los escritos bíblicos, hace notar que en los libros proféticos se hace un uso de la palabra «cananeo» independiente de la de los libros históricos, con el sentido de «mercader». En su opinión, la más antigua referencia bíblica podría ser la de Os 12, 8, precisamente con ese sentido. Esta denominación se pudo haber introducido en Israel cuando la influencia de los fenicios se hizo más presente en tiempos del rey Ajab, y llegaron muchos mercaderes de esa zona. Pero los libros del Pentateuco y la Historia Deuteronomista fueron compuestos después del exilio, y en ellos el término «cananeo» se usaría para designar —de acuerdo con los elementos de la sociedad judía de la época

24. E. A. KNAUF, «War 'Biblisch-Hebraïsch' eine Sprache?», en *Zeitschrift für Althebraistik* 3 (1990) 11-23.
25. N. P. LEMCHE, *The Canaanites and Their Land* (Sheffield, 1991).

persa— a los pobladores no judíos de Palestina. Antes del exilio, no se puede hablar de unos rasgos culturales o religiosos específicamente «cananeos» como distintos a los antiguos «israelitas».

La historia del pueblo israelita publicada por Thomas L. Thompson[26] en 1992, recoge toda esta serie de hipótesis, y llega más lejos al afirmar que nunca hubo un verdadero «exilio», esto es, un regreso a Palestina de algunos descendientes de los que fueron deportados a Babilonia. En efecto, en su opinión, un elemento importante en la política de los grandes imperios asirio, babilonio y persa fue la creación de una ciudadanía fiel al gobierno central, que no aceptara poderes políticos independientes en las provincias del imperio. En el adoctrinamiento de las poblaciones sometidas no se hablaba de conquista, sino de legitimación, derechos de sucesión o restauración del poder legítimo. Esta política fue perfeccionada por los persas. Los esfuerzos por presentar a los pobladores de los distintos territorios esa política que se estaba realizando por las autoridades persas como una «restauración» era una de las tareas prioritarias del imperio. En ese contexto histórico, piensa Thompson que no hay motivos para dudar de la autenticidad del edicto de Ciro del que se habla en la Esd 1, 2-4. Siguiendo su política habitual, se puede comprender que Ciro promovió la «restauración» de esta provincia, impulsando el culto «tradicional» a Yahweh.

Aunque la diferencia de métodos y conclusiones de estos trabajos es considerable, se pueden apreciar coincidencias en algunos aspectos. Uno de ellos es el apoyar las investigaciones que se realizan y las hipótesis que se proponen en datos extrabíblicos, y prescindir de la Biblia. También es posible constatar que el modelo acerca de los orígenes de Israel que parece más convincente a los diversos autores es el del asentamiento pacífico de las tribus de pastores nómadas de la estepa, aunque se ve sometido a no pequeñas revisiones. La hipótesis de la conquista y la de la revuelta van perdiendo interés en la actualidad, aunque no faltan autores que siguen prestando atención a esta última. De hecho, como ya se ha indicado antes, ca-

26. Th. L. THOMPSON, *Early History of the Israelite People. From the Written & Archaeological Sources* (Leiden, 1992).

da vez aparecen menos claras las diferencias entre una cultura «cananea» y una cultura «israelita». También va imponiéndose el convencimiento de que los orígenes de Israel como entidad social hay que buscarlos en la época del nacimiento de la monarquía en Palestina, aunque la idea de una monarquía unitaria en el origen parece un anacronismo.

III. APROXIMACIÓN A LA HISTORIA DE PALESTINA

Una vez expuesto el desarrollo de las investigaciones acerca del marco histórico del Antiguo Testamento, pensamos que puede tener interés que nos atrevamos a recoger las aportaciones más importantes de los estudios antes citados para dibujar con ellas las grandes líneas de ese marco, a partir de los datos que se pueden considerar más fiables en la situación actual.

Como ya se ha indicado, hay una notable dificultad para conocer con precisión los hechos acaecidos, ya que si se emplean los textos de la Sagrada Escritura como elementos de interpretación de los restos arqueológicos cabe el peligro de que se proyecten sobre una época determinada algunos datos procedentes de tradiciones posteriores, y la imagen reconstruida sea anacrónica. Por eso, al preparar la reconstrucción que presentamos se ha tomado la opción metodológica de prescindir de los textos de la Biblia.

Se intentará, pues, trazar un marco histórico «independiente», utilizando solamente los datos arqueológicos y los suministrados por la epigrafía contemporánea a los hechos narrados. Ciertamente se podrá decir que se trata de una opción minimalista, y que es muy verosímil que haya más datos sobre esa época histórica que los aquí se presentarán. De acuerdo. Pero consideramos que para tener una sólida base científica de la historia con la que se puedan contrastar objetivamente los relatos bíblicos sólo se puede partir de datos racionalmente ciertos. Y con ellos es con los únicos con los que vamos a procurar delinear ahora este marco.

1. *Desde el Bronce Reciente hasta el Hierro II*

Utilizaremos el nombre genérico de Palestina para designar la región geográfica situada a orillas del Mediterráneo oriental, y atra-

vesada de norte a sur por el río Jordán, que ocupaba una posición estratégica entre Egipto y Mesopotamia. Al comienzo del bronce medio era un país conocido por sus higueras, viñas, olivos y ganado, al que los Egipcios llamaban Retenu en los inicios del segundo milenio a. C., Huru o Haru hacia la mitad de ese milenio, y algo después recibe el nombre de Canaán tanto en los textos acadios como egipcios. No obstante, en esa documentación el nombre de Canaán es equívoco, ya que en unas ocasiones se refiere al territorio de la provincia egipcia allí establecida, cuya capital era Gaza, y en otras ocasiones a una ciudad —probablemente Gaza, la capital de la provincia—.

La región no constituye una unidad geográfica. En ella se pueden distinguir, a grandes rasgos, las siguientes regiones naturales: una llanura costera, una zona de colinas en el norte (Galilea) entre la costa y el lago de Genesaret, un amplia depresión que atraviesa el país de este a oeste desde el Jordán hasta el Carmelo (Yizrael), una zona central de colinas (Samaría), una región meridional montañosa que cada vez es más desértica conforme se avanza hacia el sur (Judea), y el valle del Jordán que corre de norte a sur y une el lago de Genesaret con el Mar Muerto con una vegetación esteparia al oeste del Jordán y más fértil en la orilla oriental. Cada una de estas regiones tiene sus características geográficas y climáticas propias que condicionan de alguna manera el género de vida de sus habitantes, por lo que en la Edad del Bronce cada una de ellas tuvo su propia historia. No obstante no estaban totalmente aisladas, sino que al menos entre algunas hubo frecuentes relaciones, así como con otras regiones limítrofes. Puesto que en las excavaciones arqueológicas se ha puesto de manifiesto una serie de características que diferencian notablemente la historia de las regiones centrales y las de las meridionales, afrontaremos su estudio por separado.

a) *Región central*

El cambio climático que produjo unas grandes sequías en toda Palestina entre el 1600 y 1250 a. C trajo consigo una concentración de la población, que fue abandonando los pequeños poblados repartidos por toda Palestina para concentrarse en grandes pueblos o ciu-

dades situados en las tierras bajas o en los grandes valles de las montañas, más aptos para la agricultura.

El sistema político que se impondría durante mucho tiempo sería el de la «ciudad estado» en la que se concentraba el comercio de toda la población de la región adyacente, y en la que se ofrecían unos elementos defensivos comunes a las personas que vivían en los alrededores, en los que poder encontrar refugio cuando fuera necesario. Como testimonian muchos restos arqueológicos, la influencia de Egipto llegaba a muchas «ciudades-estado» de la zona. En las cartas de Tell el Amarna (siglo XIV a. C.) se alude a varias de ellas. Destacan especialmente Sikem y Meguidoh. Esta última, ya había sido conquistada el siglo anterior por Tutmosis III. La fortaleza tuvo entonces un momento de notable auge y se hicieron en ella muchas construcciones, entre otras un templo. Gran parte de estas construcciones siguieron siendo utilizadas al comienzo del Hierro I, hasta que la ciudad fue destruida. Tras casi un siglo de postración, comenzaría de nuevo su reconstrucción, hasta alcanzar notable prosperidad en el Hierro II. Por su parte, Sikem tenía unas murallas y puertas importantes, así como un templo-fortaleza, que no sufrieron daños en esta época. También fue destruida hacia la mitad del Hierro I.

Entre otras ciudades de ese periodo que han sido excavadas cabe destacar también a Dan y Silo. Las excavaciones de Tel Dan han sacado a la luz una ciudad próspera en el Bronce reciente, a la que se conocía con el nombre de Lais en los textos egipcios y en los de Mari. Esta ciudad quedó reducida a poco más que una aldea habitada por una población seminómada que edificó unas cabañas con silos, al comienzo del Hierro I. Posteriormente iría creciendo y llegaría a ser de nuevo una ciudad importante en el Hierro II. Por su parte, Silo ya había sido habitada en el Bronce medio, cuando se construyó una muralla de 3, 5 m. de espesor. Después, fue incendiada y destruida, y sería reconstruida en el Bronce reciente donde alcanzó mayor esplendor. De esta época datan los restos de una construcción que podría ser un santuario, a juzgar por las ofrendas allí encontradas. La ciudad fue destruida hacia la mitad del Hierro I.

Muchos pequeños asentamientos del Bronce reciente, sobre todo de los que se encontraban al borde la estepa, fueron abandonados, y su población se marcharía a las ciudades-estado.

Entre los años 1250 a 1050 a. C., que constituyen el periodo del Hierro I en esta región, continuaba el avance de las regiones áridas por la sequía, y correlativamente al gran movimiento de población que tuvo lugar en todo el Mediterráneo oriental con la caída de la civilización micénica y las oleadas de pueblos del mar en las costas del Oriente Medio, se fueron deteriorando las condiciones de vida en los pueblos de las zonas bajas de Palestina, y se produjo una creciente colonización de zonas que se dedicaban por primera vez a la explotación agrícola en los altos de Efraín, en la Palestina central. En ellos, y de acuerdo con las características más apropiadas de cada terreno, fueron apareciendo zonas dedicadas a los cereales y al pastoreo, los productos de huerta, y el vino o el aceite. Esta ocupación trajo consigo una plena sedentarización de la población de la zona central, aunque quedaron restos de trashumancia ganadera en las colinas orientales, y agrícola en las occidentales. La complementariedad de ambas producciones, trajo consigo también un desarrollo de los vínculos comerciales entre ambas zonas, en los que también cobraría un protagonismo importante la población sedentarizada. La economía de la época estaba basada en la producción y comercio de los productos típicamente mediterráneos. Esta repoblación de las colinas centrales se realizó con personas de procedencias diversas: de una parte, gentes trasladadas desde las zonas agrícolas bajas en busca de mejor clima y tranquilidad frente a las invasiones que llegaban por el mar, de otra pobladores de la estepa empujados por el deterioro climático, y, por último, por grupos todavía no sedentarizados de la propia región central, entre los que se podrían incluir los 'apiru y los shasu. Por los objetos hallados en las excavaciones, parece que los procedentes de las regiones bajas constituían la población dominante.

A partir del año 1050, y hasta el 850 a. C., esto es en el Hierro II, se produjo un nuevo cambio climático que favoreció los cultivos y produjo un rendimiento agrícola por encima de lo normal en aquellas tierras. En estas circunstancias está atestiguado que hubo un gran crecimiento de la población en las regiones de Siria y Palestina central, así como un notable auge del comercio interregional en toda la zona. Las mejores condiciones climáticas también permitieron dedicar nuevos terrenos, antes improductivos, a la agricultura.

En esta época se construyo Samaría, que ya no era una «ciudad estado» según el modelo tradicional de la zona, sino una verdadera capital política, con los servicios públicos necesarios para organizar el comercio y la defensa de toda la zona central. Otras ciudades importantes de la zona eran Meguidoh, en el valle de Yezrael, con grandiosas construcciones defensivas e hidráulicas en esta época, así como Hazor y Dan en Galilea. Los textos asirios constatan los conflictos y tensiones existentes entre las tres grandes capitales —Damasco, Tiro y Samaría— por el control de Galilea y del valle del Yezrael[27]. En esos y otros textos asirios figura el nombre de la capital, Samaría, y se designa a su territorio con el nombre de Israel o el país de Omrí. También se citan algunos de sus gobernantes: Ajab, Jehú, Menajem,... A los que también se les aplica la denominación genérica de «hijo de Omrí». Los textos moabitas, por su parte, reflejan una análoga tensión entre Moab e Israel por el control de la zona de Galaad. En la estela de Meshah, rey de Moab, se habla de esas fricciones con Israel y la casa de Omrí, se alude a que las gentes de Gad estaban desde hacía mucho tiempo en Transjordania, y se habla de Yahweh como Dios de Israel[28].

Uno de los cambios más característicos de esta época con respecto a la anterior es la transformación del comercio, que ya no es tanto entre núcleos regionales cercanos, sino que toma grandes dimensiones con la creación de rutas y mercados internacionales. No parece, por eso, que este cambio corresponda a una simple expansión de las tradicionales «ciudades estado», ya que el modelo comercial y organizativo que trae consigo es muy distinto al de ellas. No se trata de un desarrollo de ciudades como Siquén, que había tenido su importancia en el periodo del Amarna, pero que ahora permanecía inmóvil. De otra parte, parece claro que la construcción de una ciudad como Samaría presupone la preexistencia de una base de poder político anterior a la edificación de la misma. Lo que se estaba estableciendo en esas condiciones es algo nuevo para lo que hasta ese

27. Uno de ellos es el prisma de Salmanasar III, en el que se habla de la batalla de Qarqar. Cfr. ANET, 278-279; SAO, 224-225.
28. El texto puede verse en ANET, 320-21; SAO, 247-249.

momento había en Palestina. No obstante la centralización que suponía del poder político no era absoluta, ya que la propia estructura geográfica de la zona, con varias subregiones de características bastante diferenciadas entre sí, hizo que hubiera varios centros subregionales que en ocasiones mantenían sus diferencias con el poder centralizado de los altos de Samaría.

En diversas ocasiones, el gobierno de Samaría tuvo que ceder ante el poderío de Asiria y acceder a pagarle tributos[29]. Con la subida al poder de Teglatfalasar III de Asiria el panorama de la zona cambió radicalmente. No se contentaría con tributos esporádicos, sino que si algún pueblo era reticente a la sumisión optaba por la anexión del territorio enemigo: lo convertía en provincia asiria, deportaba a parte de sus habitantes a otros territorios, y repoblaba sus tierras con colonos traídos de otros sitios. En una de sus campañas atacó y se apoderó de casi todo el territorio de Israel. Sólo se pudo mantener la ciudad de Samaría. A la muerte de Teglatfalasar III, Israel intentó sacudirse el yugo asirio, y el nuevo rey asirio Salmanasar V puso cerco a la capital. Al cabo de tres años, el 722 a. C., se rindió la ciudad. El sucesor de Salmanasar V, Sargón II se encargaría de organizar la deportación. Samaría quedaría convertida en una provincia asiria.

b) *Región meridional*

La población de los altos de Judea presenta interesantes analogías y contrastes con las zonas altas de la región de Efraín.

En el Bronce Reciente y en el Hierro I, que en esta zona se podrían situar entre el 1600 y el 1000 a. C., se desarrollaba una agricultura próspera en los alrededores de Jerusalén y en el valle de Ayalón, zonas en las que había pequeños poblados con mercado. De algunos de ellos se conoce el nombre y algo de sus actividades por las cartas de Tell el Amarna (siglo XIV a. C). Se trata, entre otros,

29. Así consta en el obelisco de Salmanasar III (840 aC.) Cfr. ANET, 281; SAO, 227. También en la inscripción de Kalaj (ANET, 281; SAO, 227). Y en una inscripción de Teglatfalasar III (ANET, 282-283; SAO 228-229).

de Guézer y Jerusalén. Entre esos poblados destacaba Jerusalén, que no obstante quedaba un tanto aislado debido a que en las regiones montañosas del sur de la ciudad apenas había asentamientos debido a la aridez del terreno. El poblado era muy antiguo, y tenía unas murallas del bronce medio que aún seguían sirviendo en el Hierro I, así como un buen sistema para el aprovisionamiento de agua de la ciudad a través de un túnel que finalizaba en un pozo del que se podía subir el agua desde la fuente de Guijón. Al sur de las zonas altas, en el norte del Négueb, solamente un poblado dedicado al mercado ganadero tenía alguna importancia. Se trataba de Tell el-Meshash, en donde se centralizaba el comercio de la estepa. Todo esto sucedía contemporáneamente a la caída de Micenas y la llegada de los pueblos del mar a las regiones costeras. Mientras tanto, en la zona de la Safela, subsistían núcleos autóctonos de población casi aislados. Uno de ellos era Bet Shemesh; en esta época se reparó la muralla. La presencia de abundante cerámica filistea en el estrato de la ciudad correspondiente a esos años manifiesta sus contactos comerciales con las ciudades de la costa.

En el Hierro II, que en esta zona se extiende del 1000 al 700 a. C., Jerusalén era un pueblo, análogo a otros de la Safela como Guézer y Lakish. No parece que la supremacía de la ciudad llegara muy lejos, ni que tuviera una extraordinaria importancia. Varios hechos parecen testimoniar esta realidad. Uno de ellos es que cuando el faraón Sosenk realizó su campaña por el sur de Palestina atacó las ciudades del valle de Ayalón, pero no Jerusalén. De otra parte, de las cartas encontradas en Arad se deduce que Arad era políticamente independiente de Jerusalén. Incluso, en el aspecto religioso, uno de los textos de Kuntillet Ajrud al hablar de los dioses de la zona cita a Yahweh de Samaría y a Yahweh de Temán, pero no hace ninguna mención de Jerusalén. Aunque ninguno de estos datos se opone a que hubiera un poder en Jerusalén que se extendiera a una cierta zona, sí que parecen indicar que esta estructura política no constituía una fuerza muy importante. Tampoco se conocen nombres concretos de sus gobernantes en inscripciones de la época. Solamente se ha encontrado una alusión a ellos con el denominativo genérico de la «casa de David»[30].

30. En las excavaciones arqueológicas de Tel Dan se encontró en 1993 una losa de basalto con una inscripción —posiblemente del siglo IX aC.— en la que aparece

Hacia el final del Hierro II hubo una notable proliferación de pequeñas poblaciones en los montes del desierto de Judea, y en la zona norte del Négueb, con una población que vivía del pastoreo o de la agricultura en terrazas. Según parece, esta repoblación se debió a una expansión de la población de la Safela para extender su cultivo del olivo —para cuyo aceite estaba creciendo mucho la demanda internacional—, y esta extensión de los cultivos forzó en parte la sedentarización de los pastores nómadas de la estepa. Da la impresión de que hacia el final del siglo VIII a. C. Jerusalén se disputaba con Hebrón y con las poblaciones de la Safela, sobre todo Lakish, el control de esas zonas altas de Judea. En cualquier caso, no es probable que esas ciudades dependieran de Jerusalén en ese tiempo, sino que más bien los datos actuales apuntan a que eran competidoras de la misma.

En cambio, en el siglo VII a. C. se produjo un desarrollo notable de la ciudad de Jerusalén. Se puede constatar un gran aumento de población y una creciente prosperidad que, le proporcionaban, en ese momento, los rasgos de una capital regional. Los datos arqueológicos del crecimiento de Jerusalén manifiestan que éste tuvo lugar en una época inmediatamente posterior a la destrucción de Lakish, en la campaña de Senaquerib[31]. En esta época, la inscripción de Senaquerib proporciona el nombre del soberano de Jerusalén, Ezequías, y el gentilicio de sus súbditos: judíos. Ezequías, después de haber intentado resistir a Senaquerib, le pagó un fuerte tributo y pa-

la expresión *Bytdwd*, que algunos han interpretado como «Casa de David». Se trataría de la primera alusión a la misma hasta ahora encontrada en un texto extrabíblico. También aparecen los nombres de Israel y Hadad. Cfr. E. PUECH, «La stèle araméene de Dan: Bar Hadad II et la coalition des Omrides et de la Maison de David» *Revue Biblique* 101 (1994) 215-241. Sin embargo, esa interpretación ha sido discutida por algunos. Cfr. N. P. LEMCHE-Th. L. THOMPSON, «Did Biran Kill David? The Bible in the Light of Archaeology» en JSOT 64 (1994) 3-22; Ph. R. DAVIES, «*Bytdwd* and *Swky Dwyd*: A Comparison» en JSOT 64 (1994) 23-24 y E. BEN ZVI, «On the Reading 'Bytdwd' in the Aramaic Stele from Tel Dan» en JSOT 64 (1994) 25-32.

31. Cuando Senaquerib subió al poder de Asiria organizó una campaña espectacular contra la coalición: conquistó territorio filisteo, y entró a Judá por la Sefelah. El bajorrelieve de la toma de Lakis y los textos asirios dan idea de aquella campaña. Al final puso cerco a Jerusalén. El *Prisma exagonal* de Senaquerib proporciona algunos detalles de estas campañas (Cfr. ANET, 287-288; SAO, 235-237).

só a ser su vasallo. Sin embargo, se puede hacer notar que la creciente importancia de Jerusalén no derivaba principalmente de la riqueza agrícola de la Safela, sino que se vio reforzada por la política Asiria que buscaba establecer un estado vasallo en Judea, del que hizo capital a Jerusalén, lo mismo que sucedió con Eqrón en la región de la costa mediterránea. Los pueblos destruidos por Senaquerib en la Safela durante el siglo VIII no fueron reedificados. En cambio, fueron edificados otros pueblos y reconstruidas fortalezas como Lakish durante el siglo VII, todo ello, según parece, en dependencia de Jerusalén. La hegemonía de Jerusalén se fue extendiendo hasta que llegó a imponer su dominio sobre Hebrón y el norte del Négueb. De este modo, la ciudad se convirtió en la capital de un estado regional durante el siglo VII a. C. Sin embargo, parece que a diferencia de Samaría no se trataba de un estado soberano, sino vasallo del imperio asirio.

Entre el siglo VII y el VI a. C. el poder asirio se fue debilitando, a la vez que se abría paso el creciente poderío militar babilónico. El estado de Jerusalén no podría soportar el embate de las armas. Primero fue el asedio y caída de Lakish. En las inscripciones que se conservan de la época se puede ver cómo sus defensores buscaron la ayuda de Egipto. También hay otros datos de singular importancia: el Dios en el que buscan auxilio los defensores de la fortaleza es Yahweh[32], que —como se sabe por la estela de Meshah de Moab— ya era invocado como Dios de Israel dos siglos antes. Esto podría indicar que este Dios era invocado en Palestina tanto en Israel como en Judá, o al menos que su culto fue llevado a Judá por gente procedente de Israel, después de la caída de Samaría.

2. *La época persa*

La ciudad de Jerusalén fue tomada por Nabucodonosor en la primera mitad del siglo VI a. C.[33] Análogamente a lo que habían

32. En la puerta-torre de Lakis han aparecido 18 *ostraka* con mensajes de campaña acerca de los esfuerzos por defenderse del avance de las tropas babilónicas, hasta que éstas conquistan la fortaleza. En alguno de ellos se alude también a las relaciones con Egipto (Cfr. ANET, 321; SAO, 252).

33. Se ha conservado una crónica babilónica sobre el primer asedio de Jerusalén, que dice así: «En el año octavo, en el mes de Kislew, el rey de Akkad reunió sus

hecho antes los asirios con los pueblos que conquistaban, también Babilonia llevó a cabo una política de deportaciones selectivas. Entre los prisioneros se encontraba el propio rey: Yeoakim[34]. Esta política no tenía como fin primario el castigo de los altos funcionarios o artesanos deportados, sino asegurar la sumisión de la zona conquistada, y utilizar a los deportados como defensores del poder imperial en su propio territorio frente a posibles intentos de sublevación. Para ganar el favor de los deportados, éstos recibían en su nuevo domicilio tierras y propiedades, e incluso elementos de defensa frente a la población indígena. Así se deduce de los textos asirios, y según parece los babilonios y persas continuaron esta política a gran escala.

Con la conquista de Jerusalén y su sumisión al poder babilónico, llegaba al límite una notable trasformación de la estructura social de Palestina, que se venía gestando desde la caída de Samaría. Las excavaciones arqueológicas ponen de manifiesto que después de la llegada de los asirios se produjo un colapso de la vida urbana en Galilea, que no comenzaría a dar señales de recuperación hasta la época helenística. Pero entonces los asentamientos que se irían estableciendo manifestarían unas características sociales y culturales muy diferentes a los anteriores. El valle de Yezrael y los altos de la zona central, que eran tierras de gran prosperidad agrícola, quedaron muy deteriorados al ser incorporados al imperio asirio. Por su parte, también las regiones del sur quedaron deprimidas desde la caída del imperio asirio, y especialmente tras la llegada de los babilonios, hasta bien avanzada la época persa. En todas esas regiones, sobre todo en las partes conquistadas por Asiria, se habían producido, además, traslados masivos de población: parte de la población autóctona fue trasladada a otros lugares, y hubo repoblaciones realizadas con gentes desarraigadas de otros sitios. A finales del siglo VI a. C. Palestina

tropas y se puso en marcha hacia el país de Hatti. Puso sitio a la ciudad de Judá; y el día segundo del mes de Adar se apoderó de la ciudad; e hizo prisionero al rey. Designó luego un rey según su corazón y le impuso un fuerte tributo, y lo envió a Babilonia» (SAO, 240).

34. En una lista de prisioneros, redactada entre al año 10 y el 35 de Nabucodonosor figura: «Yeoakim, rey del país de Judá... y los hijos de los reyes de Judá» (ANET, 308).

era una región carente de casi toda unidad, ya sea social, económica, lingüística o cultural.

Un elemento importante en la política de estos grandes imperios fue la creación de una ciudadanía fiel al gobierno imperial. En el adoctrinamiento de las poblaciones sometidas no se hablaba de conquista, sino de legitimación, derechos de sucesión o restauración del poder legítimo. Esta política fue perfeccionada por los persas. En el cilindro de Ciro[35], por ejemplo, se explica que el anterior rey babilónico había destruido la religión tradicional: en vez del dios tradicional, celestial, se daba culto a estatuillas; incluso los rituales, ofrendas y oraciones no eran adecuados. El rey babilónico había esclavizado a su pueblo, los pueblos estaban en ruinas e incluso los dioses habían tenido que abandonar su ciudad. En esas circunstancias, fue el propio Marduk el que llamó a Ciro para restablecer la justicia en su pueblo, y fue el propio Marduk quien dispuso las cosas para que Ciro tomara Babilonia. Ciro no rehusó esa llamada, y el pueblo lo recibió con los brazos abiertos como un liberador con alegría y canciones. En vez de dedicarse al pillaje de los templos, devolvió los dioses a sus casas. Esta inscripción del cilindro de Ciro, es una muestra entre otras de que la «restauración» era una de las tareas prioritarias del imperio.

Siguiendo su política habitual, no es de extrañar que Ciro ayudara a la restauración de Jerusalén, impulsando el culto tradicional a Yahweh, el Dios de Samaría y Judea. En la ciudad se fue creando una nueva sociedad, centrada en el nuevo templo, y administrada por un gobernador persa, que se identifica profundamente con el pueblo (cfr. Neh 1, 1-11). Del mismo modo, también el gobierno persa apoya el culto a Yahweh en la provincia de Samaría.

En el reinado de Darío I se tendió a la centralización de las estructuras económicas y legales del imperio, y esto provocó una serie de conflictos entre el pueblo y la administración imperial. No faltaron las tensiones en Judea entre la población indígena y la autoridad imperial debidas a la centralización del culto a Yahweh y la

35. Cfr. ANET 315-316.

rígida imposición de unas normas legales y económicas emanadas de la autoridad de la Jerusalén restaurada.

A partir de Cambises, sucesor de Ciro II, los reyes persas llegarían a dominar Egipto durante un siglo aproximadamente (525-405 a. C.), en donde la XXVII dinastía está constituida por ocho reyes persas. En esta época se estableció en Elefantina (alto Egipto) una colonia militar en la que había muchos mercenarios judíos, junto con otros de diferente origen étnico. Allí se han encontrado bastantes textos en arameo fechados entre el 495 a. C. y el 399 a. C. Por ellos se sabe que los judíos de Elefantina mantenían frecuentes contactos con otras comunidades judías en Egipto, y que acudían a las autoridades de Jerusalén y Samaría para elevar sus consultas sobre asuntos de índole religiosa. El grupo tenía un templo propio dedicado a Yahu (*yhw*), «el dios de la fortaleza de Yeb», «el Señor del cielo», que fue destruido hacia el 410 a instigación de los sacerdotes egipcios, aunque poco después fue reconstruido. También hay un documento del año 419 a. C. en el que se dice que Darío II había autorizado a los judíos de Elefantina la celebración de la fiesta de los Acimos.

No se tienen datos acerca del final de la comunidad judía de Elefantina, aunque parece que desapareció poco después de que una serie de revueltas terminaran por expulsar a los reyes persas de Egipto e instaurar otras dinastías autóctonas. Esas sublevaciones contra los persas se extendieron también a Siria y Fenicia, y tal vez puedan estar relacionadas con ellas las destrucciones observadas en las excavaciones arqueológicas de Hazor, Meguidoh, Lakish y Jericó a mediados del siglo IV a. C.

La provincia de Yehud crecería en importancia durante el siglo IV a. C. Su nombre aparece inscrito en multitud de asas de jarra y en las monedas que acuñó la provincia, lo que testimonia la autonomía de la que gozaba en este tiempo.

Desde al menos dos siglos antes, las tensiones más significativas en aquellas regiones son las surgidas entre Samaría y las autoridades de Jerusalén. Samaría era una región con una historia más brillante en el pasado que Judea, pero en ese tiempo se encontraba muy deprimida en el aspecto económico y organizativo, y paulatina-

mente se veía desplazada al crecer notablemente la vida económica y religiosa, apoyadas por el poder imperial, en Jerusalén. En el siglo V a. C. sus autoridades civiles todavía dialogaban con las de Jerusalén sobre cuestiones religiosas, y se consultaba su parecer sobre algunas cosas. Sin embargo al avanzar el siglo IV a. C., las relaciones fueron cada vez más tensas, y el distanciamiento mayor, de modo que el camino para la ruptura total se iba abriendo, y ésta llegaría coincidiendo con la transición del dominio persa al griego en toda la región.

En efecto, en el año 333 a. C., Alejando Magno, después de su victoria sobre el emperador persa Darío III Codomano al noroeste de Siria, bajó por la costa de Palestina en dirección a Egipto. En este camino le presentaron una fuerte resistencia Tiro y Gaza —siete meses y dos meses de asedio, respectivamente—. Finalmente llegó a Egipto a través de la costa del Sinaí. Mientras tanto, su general Parmenio se ocupó del interior de Palestina. Este conquistó Samaría por la fuerza, mientras que Jerusalén parece que se sometió pacíficamente. Esto hizo que Samaría fuera menos respetada que Jerusalén y fuera convertida enseguida en una ciudad helenística. Los samaritanos fieles a su religión se trasladaron a Siquem hacia el año 330 a. C., como también parecen atestiguarlo los restos arqueológicos, y construyeron un templo en el monte Garizim.

3. *La época helenística*

La muerte de Alejandro Magno, en el año 325 a. C., se suele considerar como el inicio de una nueva era en todo el Mediterráneo oriental y el Oriente Medio. En esta época, muchos aspectos de la vida de los distintos pueblos, quedarían impregnados de elementos de la civilización, el arte, la técnica, la lengua o la filosofía griegas. En las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en Palestina, se puede constatar que la irrupción de la nueva cultura produjo cambios considerables y profundos.

El proceso de la helenización de Palestina no se desarrolló de una manera uniforme. Comenzó, según perece, en Fenicia y se fue extendiende hacia el sur por las ciudades de la costa. Ciudades como

Akko (Ptolemaida), Dor, Jaffa, y sobre todo Ascalón y Gaza en el sur se abrieron a las nuevas tendencias culturales. En las zonas del interior la helenización fue más intensa al principio en el centro y el norte. La ciudad de Samaría sería la pionera en los altos de la región central, y en el valle de Yezrael la antigua Bet Seán fue reconstruida con el nombre de Escitópolis, y se convirtió en una encrucijada de primera importancia para las relaciones comerciales entre esa zona y las ciudades de la llamada «Decápolis» que fueron surgiendo en la parte oriental del lago de Genesaret, y en la región del otro lado del Jordán. El helenismo en Palestina arraigó sobre todo en el ámbito del comercio y las ciudades, mientras que su influencia fue mucho menor en la población rural, que en gran parte siguió manteniendo su propio género de vida y costumbres tradicionales.

La helenización de Judea fue más lenta que la de otras regiones. Jerusalén, al principio, fue respetada. Posteriormente, y de modo muy gradual también se fue transformando su fisonomía de acuerdo con las tendencias del momento, y fueron apareciendo en ella construcciones representativas de los nuevos moldes culturales.

Mientras tanto, la situación social y política distaba mucho de ser pacífica. Tras la muerte de Alejandro Magno, todo el Oriente Medio se vio envuelto en las luchas por el poder sobre las distintas regiones entre sus generales y los sucesores de los mismos. Y la zona de Palestina no quedó al margen de esas luchas. Durante el siglo III a. C. estuvo bajo el dominio del reino ptolomeo de Egipto. El territorio se dividió en las siguientes «hiparquías»: Idumea, Ashdod, Judea, Samaría, Galilea, Fenicia, Gaulanitis, Gaaladitis, Ammonitis, Perea, Moabitis y Gabalitis.

Al final de las «Guerras Sirias» entre los ptolomeos y seleúcidas a comienzos del siglo II a. C., Palestina había quedado bajo el poder de Antíoco III, un seleúcida. Este dividió Palestina en «eparquías»: Paralia (la costa, desde Fenicia hasta Egipto), Samaría (que incluía Galilea, Samaría, Judea y Perea), Idumea y Galaaditis (Transjordania). Dio varios decretos destinados a acelerar la reconstrucción y repoblación de Jerusalén, privilegios a los sacerdotes, escribas y miembros de la «gerousía», así como disposiciones para el mantenimiento de la ciudad y del Templo.

Sin embargo los efectos de estas medidas fueron de corta duración. Las luchas se fueron agravando hasta que Antíoco IV Epifanes (175-164 aC.) se hizo con el poder. Durante su reinado el proceso de helenización de Jerusalén llegaría a su apogeo. La ciudad fue transformada en una «polis» helenística, la Torah dejó de ser ley constitucional como lo venía siendo desde la época persa y se suprimieron los sacrificios y el culto en el Templo. Antíoco envió una expedición a Jerusalén, y dejó instalados en ella a unos colonos militares, cuya presencia transformó Jerusalén en una ciudad de población mixta: judía y gentil. Incluso el Templo fue dedicado al «Señor del cielo», equivalente al Zeus Olímpico de los griegos.

Los restos arqueológicos correspondientes a esta época son abundantes. Entre las principales ciudades que han sido excavadas cabe destacar a Ascalón, Ashdod, Bet-Zur, Guézer, Jaffa, Torre de Stratón, Dor y Hazor, entre otras. No obstante, sobresalen las hermosas torres redondas de la muralla de Samaría, y la ciudad de Marisa, capital de Idumea, con una concepción urbanística, a base de calles perpendiculares, perfectamente definida.

Los decretos de Antíoco IV Epifanes encontraron desde el comienzo una resistencia pasiva entre gran parte del pueblo de Judea. Pero muy pronto esta resistencia pasiva dio paso a la rebelión armada. Se formó una guerrilla al mando de Judas Macabeo cuyos rápidos éxitos haría que se incorporaran a su bando un gran número de judíos descontentos con la nueva situación. Después de una serie de victorias, Judas ocuparía con sus tropas Jerusalén, purificaría el Templo y reconstruiría el altar. No obstante la lucha continuó. Primero con el triunfo de la insurrección, pero finalmente fueron derrotados y Judas murió. Algo después un grupo de rebeldes escogió como jefe a Jonatán y, a su muerte, se eligió a su hermano Simón como sucesor, no sólo como jefe militar sino también como Sumo Sacerdote. En el año 141 aC. consiguió la rendición del último reducto que se le resistía en la fortaleza de Jerusalén, y logró la independencia nacional completa. En el 140 aC. una asamblea de sacerdotes y pueblo decidió legitimar los poderes de Simón y hacerlos hereditarios. Con este acto quedaba instaurada una nueva dinastía, la asmonea, que conservaría el poder político y religioso del país hasta que éste fuera conquistado por Roma.

Durante la época asmonea se reparó y amplió la muralla de Guézer, y se construyó una gran muralla en la ciudad de Jerusalén que llegaba, después de siglos de ir recuperándose de su postración, a unas dimensiones análogas a las que había tenido en la época de Ezequías. Así mismo se hicieron obras importantes en la ampliación de la explanada del Templo, y se construyeron algunos monumentos funerarios junto al torrente Cedrón.

Cuando Roma se hizo con el poder en Jerusalén, Palestina era una región profundamente helenizada, aunque se mantenían en ella algunos reductos que habían logrado mantener con gran vigor la identidad religiosa y cultural propia. En Samaría y Galilea la población rural conservaba sus creencias y modos de vida tradicionales, manteniendo la escisión entre judíos y samaritanos que habían heredado de sus antepasados. En cambio las grandes ciudades eran de población, lengua y cultura helénica. Mientras tanto en Judea, y de modo particular en Jerusalén, tenían preminencia la religión, cultura y civilización judías entre la población tanto rural como urbana, aunque no carecieran de un peso e influencias notables en todos los ambientes los elementos helenísticos.

4. *¿Qué se entiende por «Israel»?*

En la reconstrucción independiente de los relatos bíblicos acerca de la historia de Palestina que se acaba de exponer se plantean algunas cuestiones de interés. Una de ellas es si entre los reinos de Israel, floreciente en los siglos IX y VIII a. C., y Judá, que comenzó a tener alguna importancia en el siglo VII a. C, hay una relación étnica, social, religiosa o económica mayor que la que pudo haber entre otros reinos vecinos como Siria, Moab o Edom. Desde el punto de vista de la crítica histórica actual, no está claro que ambos procedan de la partición de una monarquía unitaria ya que en la época previa, en la que habría que situarla, la población de Judá apenas estaba sedentarizada, además de que el origen de ambos reinos es perfectamente explicable por separado.

La población de las colinas de la región central debió de permanecer estable durante algunos siglos hasta que llegó a formarse el

reino, que bajo la dinastía de Omrí en el siglo IX a. C. recibe el nombre de Israel en las inscripciones de la época. Sin embargo, esta denominación es más antigua, ya que aparece en la estela de Merenptah, sucesor de Ramsés II, en el siglo XIII aC., que menciona una victoria sobre «Israel», que además sólo lleva el distintivo de «pueblo», distinto al de «lugar geográfico» que acompaña a la cita de Ascalón, Guézer o Yanoam[36]. Parece razonable pensar que ese «Israel» sería un núcleo de población que ya tendría la suficiente entidad política como para que los escribas egipcios lo consignaran. Es muy posible que esa entidad, al desarrollarse en los siglos siguientes llegara a constituir el reino conocido por ese nombre en toda la zona. Este reino de Israel no se limitó al control de las zonas cercanas a su capital, Samaría, sino que llegó a mantener el dominio de Yizrael, posiblemente sobre Galilea, e incluso llegó a controlar mediante vasallaje a Galaad y en algunos momentos hasta Moab. Es posible que la población de la región central llegara a colonizar gran parte de Yezrael, y a establecerse en algunas zonas de Galilea, aunque en esta región se nota sobre todo la influencia fenicia. Sin embargo, cuando Samaría fue destruida por Asiria, el reino de Israel desapareció y gran parte de esta población fue transportada a Asiria, Media y el norte de Siria; a su vez el territorio del reino desaparecido fue colonizado por gente procedente de Siria, Babilonia, Elam y Arabia.

Cuando en la Biblia se habla de Israel, el término no tiene con frecuencia el mismo sentido que en las inscripciones asirias y moabitas. No es una designación propia del reino establecido en el Hierro II en las colinas de Samaría, sino un grupo humano con un profundo compromiso religioso con Yahweh, el Dios de Israel, que no está circunscrito a esa región geográfica. El «Israel» de la tradición bíblica es el resultado de una transformación del primer Israel histórico en el seno de una vigorosa tradición religiosa que, en el momento de la redacción de los libros, mira como una unidad a los pueblos del centro y sur de Palestina.

36. Cfr. ANET 376-378, SAO 271-272.



IV. UN RETO PARA LA TEOLOGÍA

Tanto en la religión de Israel como en la Iglesia, la Biblia se ha leído con frecuencia como una «Historia Sagrada», esto es, como un relato en el que se presenta a Dios como guía de la historia: la inicia creando todo mediante su palabra, establece unas normas para el funcionamiento de la naturaleza y del hombre, anuncia sus planes de salvación para una humanidad caída desde sus orígenes, y conduce con su providencia la ejecución de los mismos.

Con una sencilla pero profunda intuición, el pueblo de Dios no se ha planteado durante mucho tiempo los problemas derivados actualmente de la distinción entre historia e historiografía: no se ha planteado el problema de la veracidad de lo narrado donde no se lo habían planteado los escritores de la Biblia. Estos, con sus escritos, quieren dar testimonio de unos hechos, pero no para satisfacer la curiosidad de generaciones venideras, sino para instruir en la fe. Por eso, en cada texto concreto no es fácil dilucidar si un dato preciso pertenece a la forma del relato o a su contenido. Pero eso no es lo importante en la intención del autor. Este ofrece una interpretación de los hechos a la luz de la fe en la que vive. Cuando se leen sus relatos se puede penetrar en la fe que los informa y saber cómo se contemplan los acontecimientos desde ese punto de vista eminentemente religioso. En una lectura creyente de los libros sagrados, realizada sin detenerse en aspectos críticos, es posible captar con sencillez y limpieza ese mensaje final. Y no es poco. De este modo, los relatos bíblicos han proporcionado un material de primera importancia para la instrucción en los contenidos fundamentales de la Revelación divina.

Los Padres de la Iglesia y los más antiguos autores cristianos leyeron la Biblia con simplicidad y provecho, sin plantearse graves problemas acerca de la historicidad de los detalles narrados, y buscando más bien la utilidad para los lectores: «Nosotros, que sabemos que todo ha sido escrito, no para narrar hechos antiguos, sino para instruirnos y para sernos útil, comprendemos que lo que hoy se ha leído también se realiza ahora» [37].

37. Orígenes, *Homilías sobre el Exodo*, II, 1. Con esta actitud ante la historia bíblica en la época patrística, no es de extrañar que los primeros escritores cristianos

Desde finales del siglo XIX, y a lo largo de todo el siglo XX, la actitud con la que los hombres de cultura han mirado la historia bíblica ha cambiado profundamente. El status quaestionis que se ha expuesto en las páginas anteriores acerca de las investigaciones recientes sobre el marco histórico del Antiguo Testamento, presenta una panorámica que merece una reflexión teológica pausada. Se hace necesario repensar una vez más, a la luz de este nuevo reto, algunos elementos constituyentes de la precomprensión con la que el lector creyente accede a la lectura de esos libros como palabra de Dios, como pueden ser su carácter inspirado, el modo de realizar la interpretación de la Escritura, o el despliegue fáctico del proceso de la Revelación sobrenatural. No nos detendremos en esto, ya que esa tarea es más propia de la Teología Fundamental. No obstante, ante ese estado de la cuestión, parece necesario hacer algunas precisiones.

De una parte, conviene constatar que el lenguaje en el que están redactadas no pocas de las obras recientes de las que hemos tratado —de modo particular los escritos de Th. L. Thompson acerca de la historia— es apasionado. Esto no es de extrañar, porque el tema es de suyo apasionante: muchos datos para los que antes no se encontraba una explicación satisfactoria, ahora encajan mejor en las nuevas hipótesis, que ofrecen explicaciones coherentes y más abarcantes que las hasta ahora propuestas. Sin embargo, no es posible olvidar que la reconstrucción histórica de una época remota a partir de los datos arqueológicos actualmente disponibles no se puede considerar definitiva. El azar tiene no poco protagonismo en el hallazgo de cualquier resto arqueológico. Las reconstrucciones que se puedan hacer dependen en gran parte de lo que se ha tenido la fortuna de encontrar hasta ahora. Las futuras excavaciones y estudios podrán ratificar u obligarán a corregir detalles de estas propuestas. Por eso, será razonable leer con un cierto relativismo el *status* que hemos presentado en las páginas anteriores de nuestro artículo, acerca de la historia de Palestina desde el Bronce reciente hasta la llegada de Ro-

no se plantearan objeciones críticas significativas acerca de si acaecieron objetivamente los sucesos narrados en la Biblia tal y como aparecen descritos en la misma. Lo que realmente importaba es que a través de esos hechos relatados, se revela la acción divina que está verdaderamente presente en la historia humana y da el sentido auténtico de la misma.

ma. Sin embargo, esto no significa que esos datos se deban ignorar, ya que, en el estado actual de las investigaciones, ese marco es el que se puede considerar más próximo a la realidad objetiva. Y si se busca la verdad, al menos las ideas básicas de las hipótesis actuales merecen todo respeto y consideración.

De otra parte, es necesario advertir que el marco trazado es ciertamente minimalista. Cuanto ahí se dice, e incluso cuanto se pueda decir en cualquier historia «independiente» de Palestina, no puede agotar toda la realidad de los acontecimientos sucedidos. En efecto, si se quiere hacer la historia —aún reciente— de una familia o grupo humano, y se dispone de toda la documentación geográfica y topográfica de los lugares en los se desarrollan los hechos, y se tiene acceso a fuentes escritas: correspondencia, documentos oficiales, facturas, publicaciones, etc., el libro que se escriba con esos datos puede reflejar una situación real y objetiva, pero sería presuntuoso afirmar que eso es todo cuanto puede decirse de esa familia. El cariz humano de las personas que la componen, las relaciones de afecto, u ocasionalmente de aversión, que pueda haber entre sus miembros, las motivaciones reales que han llevado a tomar unas u otras decisiones, la influencia de las amistades en las opiniones propias de cada uno, etc., todo eso que es tan esencial para comprender el funcionamiento real de la familia, escapa en gran parte del alcance de un historiador que sólo cuente con la documentación convencional.

Volvamos a las historias de Palestina. Aunque las excavaciones arqueológicas fueran exhaustivas, no podrían suministrar todos los datos necesarios para escribir una historia completa. El cuadro que se puede dibujar será real, pero minimalista. La mayor parte de los acontecimientos que suceden en la historia no dejan huellas materiales ni documentales para la posteridad. Pero eso no quiere decir que esos hechos nunca hayan sucedido. Es lícito al científico afirmar que no puede constatar la realidad o falsedad de los sucesos que no han dejado huellas, pero no podrá afirmar con todo rigor si han acontecido o no. No obstante, sí que podrá, y en ocasiones deberá, preguntarse por la verosimilitud de lo que se le dice a la luz de los datos objetivos que posee.

Para el acceso a la historia antigua de Palestina se cuenta con un instrumento útil: la Biblia. Sin embargo, debe emplearse con el debido rigor científico, pues en caso contrario, en vez de ayudar, po-

dría constituir un elemento de distorsión en el acceso a la verdad objetiva de los hechos. No se puede ignorar que la Sagrada Escritura, en su forma actual, es el resultado de un largo proceso redaccional, y posee una gran riqueza de modos literarios de expresión. Por eso los textos bíblicos no se pueden utilizar en la interpretación de los restos arqueológicos, sino después de un depurado análisis crítico. Ahora bien, ese análisis crítico puede sacar a la luz indicios de lo que eran las tradiciones populares, noticias sobre la vida, las creencias y la fe de la gente que compuso esos textos y para quienes se compusieron. Recuerdos de experiencias y vivencias religiosas particularmente importantes han dejado sus huellas en la Escritura, y al caminar en su seguimiento es posible asomarse a ese mundo fascinante. La certeza de saberse elegidos por Dios para ser un pueblo de su propiedad, el recuerdo de que sus antepasados se encontraron con ese Dios, las tradiciones acerca de la protección experimentada en su vida nómada por la estepa, las viejas noticias de una dura experiencia de sus padres en Egipto, las tradiciones acerca de su sedentarización en la tierra de Palestina, y tantos otros indicios como se pueden encontrar en la Biblia abren camino para iluminar posibles hechos reales de los que el único rastro que ha podido pervivir a lo largo del tiempo ha sido la huella que dejaron en las costumbres y en las normas consuetudinarias del pueblo. Delimitar con toda precisión los hechos reales que hay en la base de esas tradiciones es tarea delicada que requiere esfuerzo. Pero no se puede prescindir de esas aportaciones bíblicas si se quiere tener un cuadro de la historia de Palestina que sea lo más ajustado posible a la realidad.

Desde el punto de vista de la investigación histórica positiva es muy difícil —y algunos piensan que totalmente imposible— afirmar la acción de Dios en el desarrollo de la historia antigua de Palestina. Aunque, desde el mismo punto de vista, tampoco se puede negar esa acción. Pero esto no impide escribir una historia objetiva. El teólogo, que parte de la fe en la existencia de Dios y admite como creíble una manifestación del mismo a los hombres en el proceso de la Revelación sobrenatural, puede encontrar en esa historia una presentación del marco real en el que se han producido esas intervenciones, tan delicadas que pudieron pasar desapercibidas para quienes no tuvieran la sensibilidad que proporciona la fe y es necesaria para

captar el sentido más profundo de los acontecimientos. Dice la Escritura con palabras misteriosas que Elías aguardaba al pie de la montaña el paso del Señor, y «sopló un viento fuerte e impetuoso que descuajaba los montes y quebraba las peñas delante del Señor, pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento, un terremoto, pero el Señor no estaba en el terremoto. Tras el terremoto un fuego, pero el Señor no estaba en el fuego. Y al fuego siguió una leve brisa...» (1 Re 19, 11b-12) y en ella descubrió Elías al Señor que pasaba. El Señor ha pasado por la historia sin hacer ruido. Podría decirse que no se encuentra a gusto en el rumor del viento, la trepidación del terremoto, ni la luz del fuego, que son reclamo para la atención de los curiosos. No busca el espectáculo para manifestarse. Pasa sin hacer ruido cerca de quienes están dispuestos a acoger su palabra.

Ciertamente, la crítica histórica de los textos bíblicos ha prestado ya, y ha de continuar prestando, una aportación insustituible a la teología. Los esfuerzos por delimitar, con la mayor precisión posible, el marco histórico en el que tuvo lugar la Revelación divina ayuda a captar mejor sus contenidos y matices. Esta aportación no resta valor a la exégesis realizada por los Padres y Doctores de la Iglesia, ni descalifica otros posibles acercamientos a la interpretación de la Biblia. Simplemente, se sitúa en un ámbito diferente que complementa de modo adecuado la enorme riqueza de contenido religioso que tantas generaciones de judíos y cristianos habían logrado encontrar en la Sagrada Escritura, cuando realizaban una sencilla lectura creyente de la misma.

Primero, es necesario acercarse al marco histórico en el que cada texto bíblico encuentra su sentido literal, y para eso es imprescindible la crítica literaria e histórica. Pero no se agota ahí la riqueza que contiene. «La palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que una espada de doble filo» (Hb 4, 12). La historia de los efectos del texto saca a la luz la eficacia que esa palabra de Dios ha tenido en los distintos momentos de la historia de la Iglesia. La actualización de la Biblia, debidamente realizada, seguirá poniendo de manifiesto ahora y siempre que esa palabra permanece viva.

Francisco Varo
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA